







Movimiento de población

Defunciones: Margarita Dutilh Pérez González, de 68 años, Segundo Callejo de Santa Mónica, A. de tuberculosis; Desamparados Alós Jiménez, de cuatro...

De un Centenario

Han marchado a Madrid el padre Urbano y don Félix Blanch, en representación de la junta del Centenario de San Vicente Ferrer...

doña Cándida Carles de Dienta, 50; señora de don Rafael Ridauro, 50; doña Concepción Ibáñez, 25; doña Pilar Mazarredo, viuda de Zaballero, 50...

RELIGIOSAS

En los Capuchinos se ha celebrado la Asamblea de la O. T. de San Francisco de Asís, tomando posesión los discretorios que han de actuar en el cercano trienio...

Miguel Perpiñá Angel y don Vicente Tamarit Agramuntell; sacristán, don Juan Colomina Soler; discretos, don Pascual Tomás, don José Porcel y don José Jimeno.

Publicaciones

"Oro de Ley".—Esta revista semanal ha publicado y repartido el número 112, tan interesante y bien presentado como los anteriores...

Otras corridas

En Vista Alegre lidiaron reses de Torar, Vaquerito, Manuel Gracia y Márquez. Vaquerito estuvo muy activo y valiente, obteniendo como premio a sus faenas...

Publicaciones

"El Pueblo Obrero".—Se ha reparado este semanario social-católico, correspondiente al día de ayer, publicando gran número de artículos y noticias interesantes a todas las clases sociales.

Publicaciones

En el correo de ayer marchó a Madrid Juan Belmonte, en unión de José Solito y Sánchez Mejías. Belmonte se quejaba de agudísimos dolores en la pierna derecha...

TOS Cosquilleo de la laringe Tos seca ó húmeda, cosquilleo de la laringe, afonía, ronquera, fetidez de aliento, inflamaciones de la boca y garganta. Su curación y alivio inmediato. Pastillas Cañizares. La fórmula más racionalmente científica.

PARA TERMINAR Botellas vacías Servicio rápido para Andalucía, con salidas fijas todos los lunes. El vapor X. Servicio rápido para el Norte de España, con salidas fijas todos los viernes. El vapor X. Servicio bisemanal para Barcelona.

JAQUECAS Polvos de Cassia RICHELET laxativo ligero, purgativo suave, de sabor agradable, no provoca cólicos...

G. I. T. I. CENTRO TÉCNICO INDUSTRIAL IBÉRICO Gran depósito de motores eléctricos, bombas centrifugas y maquinaria en general. Subasta de una casa en Campanar. DINERO Mecanógrafos! Doctor Escuder Enfermedades nerviosas y mentales. Atocha, 128, principal MADRID. VICHY FUENTE HERON.

SARNA Barajas Reparaciones Criada SE DESEA VENTA No más callos Alquileres

MODISTA Modista La Camelia Peluqueros y peinadoras Oñciales y aprendices de modista

LA CORRESPONDENCIA DE VALENCIA En Madrid En Barcelona En Sevilla En Albacete

FOLLETIN Los compañeros de la antorcha Como este tocador ha de jugar un importante papel en la continuación de este relato, nos vemos en la precisión de describirlo. Era de forma octógona, y de bastantes dimensiones. Dos de sus paredes (las que daban al segundo salón) estaban formadas por dos grandes espejos; las otras seis contenían ricos tapices, encuadrados en precisas molduras, representando escenas mitológicas. Uno de los mejores discípulos de Boucher había pintado al fresco en el techo sátiros, bacantes y pequeños amores que celebraban con danzas y libaciones la fiesta del dios Baco. Las sillas del sofá y las butacas eran de madera esculpida y dorada, con terciopelo igual al que cubría las paredes, y sobre la chimenea se inclinaba un hermoso espejo de Venecia, en su marco de ébano incrustado de plata. El reloj, los candelabros y jarrones eran de porcelana de Sevres. El suelo se hallaba cubierto por una alfombra que parecía reproducir como un espejo fiel los contornos y vivos colores del fresco del techo, púes al igual que éste, representaba también una alegre bacanal. Como dejamos dicho, Luc y sus acompañantes se detuvieron. El barón abrió su linterna sorda y encendió todas las bujías de los candelabros. Entonces fue cuando se pudo apreciar todas las maravillas que encerraba aquel tocador. En el fondo de aquella pieza había una mesita llena de exquisitos manjares. —Amigos míos—dijo Luc—, hemos llegado al término de nuestro viaje. —¿De modo—preguntó uno de los que le acompañaban—que podemos quitarnos los antifaces? —Yo mismo os los quitaré. Así, pues, en efecto, cuando cayeron los antifaces dejaron al descubierto dos rostros francos y leales. Aquellos hombres eran dos obreros, que dirigieron una mirada de asombro en torno suyo. —¿Caramba!—dijo el que había hablado primero.—¿Sabéis que es muy hermoso todo esto y que creo estar en palacio? —El señor de quien soy intendente es muy rico—dijo Luc.—Esta es la habitación más modesta de su casa que en París, entonces sí que os asombrarían! —¿Y decid, señor intendente, que nos encontramos en los alrededores de Ville-d'Avray? —Algo más lejos; como habéis podido ver, hemos empleado bastante tiempo en venir, y eso que corrían bien los caballos. —Es verdad; pero, en fin, que sea Ville-d'Avray o en otra parte donde nos encontremos, poco importa. Se nos paga para no saber donde estamos; ¿qué es lo que debemos hacer? —Voy a decirlo... Pero antes, ¿no queréis tomar algo? Luc les condujo hacia la mesita. —Comed y bebed—les dijo;—todo esto es para vosotros. —¡Diablo!—exclamó uno de los obreros contemplando los manjares;—sí esto es lo ordinario, hay que conceder que vuestro señor se da una vida de príncipe. ¡Vamos, Francisco, deja las herramientas y ven a beber un trago y a comer algo, puesto que tan galantemente se nos invita a ello! —Pero—respondió Francisco,—¿cómo dejó el saco? —En el suelo, amigo mío—dijo Kerjean. —Es que temo ensuciar esta hermosa alfombra. Francisco, dejando en un rincón el saco de las herramientas, del que ya hemos hablado, volvió al lado de su compañero, cuyo nombre era Andrés, y ambos hicieron honor a los manjares puestas a su disposición. —Bueno—dijo Andrés al cabo de un instante,—ya hemos terminado; ¿qué debemos hacer? —Primeramente desclavar la alfombra—repuso el barón, designando la parte de la habitación opuesta a la en que se encontraba la mesita. —¿Tendremos que levantarla por completo? —Desclavado solamente la mitad de la alfombra y la colocáis enrollada sobre la otra mitad. Los dos hombres empezaron a trabajar, y en menos de media hora acabaron. —¿Y ahora?—preguntó Andrés. Kerjean se arrojó al suelo, haciendo que uno de los obreros le alumbrase, se puso a examinar detenidamente las combinaciones y ajustes de los ladrillos que componían el suelo. —Dadme un pedazo de tiza—dijo. Trazo con ella el batón en el suelo un cuadrado largo que tendría aproximadamente unos tres pies en una dirección y cuatro en otra, y en seguida se levantó. —Haced un agujero en el terreno que he marcado, procurando, en lo que os sea posible, no destruir el enlucado a fin de que pueda volver a ajustarse luego. ¿Habéis traído las bisagras que os encargué? —Aquí están—respondió Andrés, mostrándolas. —Es muy esencial—prosiguió Luc—que ejecutéis este trabajo de modo que no sea fácil ver la trampa que vais a practicar. —Eso no es imposible, pero será largo. —El tiempo no os preocupe. —Entonces quedaréis contento. No seguiremos el trabajo en sus complicados detalles; solamente diremos que al cabo de tres horas habían levantado la parte del piso que el barón había marcado, y que dejaba al descubierto las sólidas vigas sobre que descansaba aquel piso. —¿Y qué debemos hacer ahora?—volvió a preguntar Andrés. —Cortad las vigas—repuso Luc. Diez minutos bastaron para esta operación. —Está bien—dijo Kerjean;—tomad los azadones y con ellos haced un montón de esos escombros que hay en ese agujero. Bastaron cinco minutos para hacer lo que deseaba Luc, al cabo de los cuales los azadones tropezaron con alguna resistencia en una obra de fábrica. —Cualquiera diría que esto es una bóveda—dijo Andrés. —Eso es, en efecto, y una bóveda que hay que descubrir. —¿No teméis un desplome? —No; haced lo que os mando. Nada temáis. Esta segunda parte fue más larga y difícil que la primera. Poco a poco una piedra cedió, y desprendiéndose de la bóveda fue a caer a cierta profundidad. No tardó en ofrecerse a la vista de los trabajadores una abertura grande y oscura. —Tomad la linterna y mirad—ordenó Luc. —¡Oh!—exclamó Andrés, cuando hubo ejecutado aquella orden. —¿Y bien? —Hay una escalera y aquí está el primer peldaño. —No me había yo engañado—exclamó Kerjean con alegría.—¿Descendamos. II Era una escalera de piedra y su primer escalón llegaba hasta el nivel de la abertura practicada; pero indudablemente hacia muchos años que no había servido, puesto que estaba en un estado deplorable, hasta el punto de amenazar ruina alguno de sus peldaños. Aquella escalera conducía a una sala subterránea de iguales dimensiones que el tocador. El suelo estaba cubierto por una finísima arena. Las bóvedas y paredes estaban perfectamente conservadas. Luc, provisto de la linterna, dio una vuelta a aquella pieza, y examinó detenidamente sus paredes, lo mismo que había hecho antes con el piso del tocador. Poco tardó en descubrir en una de las paredes las huellas de un trabajo reciente de albanelería. Era evidente que había allí una puerta condenada, cuyos contornos indicó con la tiza que llevaba en la mano.